

Un punto ciego

TEXTO: NICOLÁS CABRAL

Descubrí de pronto que habito una zona opaca, una región siniestra que sólo por la noche muestra su rostro verdadero. Se ubica en el centro de la ciudad de México. No es un lugar escondido ni recóndito: cientos de automóviles cruzan, todos los días, la esquina que forman el Eje Central Lázaro Cárdenas y la calle José María Izazaga.

Desde hace un par de meses ocupo, por razones que no me apetece reseñar, una habitación de hotel. El lugar es a la vez modesto y confortable: recibe el nombre de Virreyes. Se halla en la esquina mencionada, a unos pasos de donde comienza el inmenso tianguis-banqueta que se extiende casi sin interrupciones hasta la calle Madero. El rasgo distintivo de la zona es una pequeña iglesia, ubicada insólitamente en medio de dos carriles, aislada en un camellón donde, por las mañanas, tienen su centro de operaciones unos limpiaparabrisas dementes. Cuando Izazaga fue trazada sobre la antigua calzada de Salto del Agua, la capilla ya estaba ahí, muda y pétreo. Su acceso trasero semeja, en consonancia con el entorno, el portón metálico de un negocio, si bien con una cruz tatuada en su superficie. No me atrevo a presenciar ahí una misa: temo que el sitio guarde una revelación esencial para la que no estoy preparado.

Izazaga se bifurca antes de desembocar en el Eje Central. Al cruzarlo, cuando se transforma en Arcos de Belén, presenta a su vez un camellón que alberga un extraño elemento. Se trata de un vertedero, una fuente, el lugar que surtía de agua a la ciudad virreinal a finales del siglo XVIII. La desembocadura de un acueducto, ni más ni menos. Como la capilla de Salto del Agua, su ubicación es del todo incomprensible. Su existencia antecede a todo lo que le circunda, pero parece estar ahí accidentalmente.

Sobre Lázaro Cárdenas, por las noches, una vez que el comercio informal decide tomarse un descanso,

se vuelven súbitamente visibles los accesos de un par de centros nocturnos que prometen mujeres voluptuosas. Según indican los volantes que reparten en el exterior, el costo de las bebidas es bajo y la satisfacción del espectáculo es alta. He temido convertirme en cliente frecuente; algo me impide abismarme del todo, sin embargo. Circulan automóviles, pero nada cambia la sensación de un tiempo suspendido, estático. Nada convence de que en el lugar la vida es posible, aunque por la mañana todo se inunda de vahos, de ruidos, de presencias tibias que lo demuestran. Por las noches, insisto, esa esquina se transforma en un punto ciego de la ciudad. El mercado de una de las aristas deviene construcción tétrica, como si llevara abandonada muchos años, a pesar de que durante el día no hace otra cosa que exhalar el olor del aceite hirviendo. No hablemos ya de una torre de oficinas dejada a medio construir, justo enfrente, un esqueleto de concreto que parece decir: *No, aquí no*.

Cuando la luz cede deambula en la zona una figura extraña, un hombre de rasgos imprecisos que, luego de caminar alrededor de la fuente por algunos minutos, toma asiento en uno de sus costados. Lo he visto deambular afuera de la iglesia. Lo he visto sentarse debajo del portón, como si se propusiera rezar a primera hora de la mañana. He visto sus movimientos, azarosos e impredecibles. ¿Tendrá algo que decirme? Cuando lo encuentro en la calle esquivo su mirada. Temo reconocerme en su rostro. •

NICOLÁS CABRAL

Córdoba, Argentina, 1975. Narrador y ensayista. Director editorial de la revista de artes *La Tempestad*. Está incluido en la antología *Nuevas voces de la narrativa mexicana* (Joaquín Mortiz, 2003).